

LA HISTORIA VIVIDA

Jacques DUCHET

Dentro de la variada gama de iniciativas culturales iniciada en su día por la Comisión Española de Historia Militar (CEHISMI) para conmemorar el bicentenario de la batalla de Trafalgar el próximo 21 de octubre de 2005, y advertido el autor, como colaborador, de que la REVISTA DE HISTORIA NAVAL era particularmente receptiva en este período a las colaboraciones sobre este tema, en forma de referencias, comentarios o consideraciones, creo interesante aportar, con las notas que siguen, personal versión española del original francés, la particular visión que de aquellos acontecimientos, semioculta en la espesura de sus *Memorias y recuerdos*, nos legó un ilustrado francés de la época, en la seguridad de que será del agrado de nuestros lectores pues, aunque su contenido, así o de manera parecida, aparezca en la bibliografía sobre el tema, siempre es interesante acercarnos a una fuente tan próxima a aquel desgraciado y decisivo acontecimiento como estas *Memorias y recuerdos*, poco conocidas en España y, me atrevo a decir, escasamente leídas en Francia (*).

Trafalgar en las *Memorias y recuerdos* del barón Juan Guillermo Hyde de Neuville

«Fuimos de Algeciras a Cádiz por tierra. Este trayecto, que duró varios días, fue bastante penoso, pues como estaban los caminos intransitables tuvimos que hacerlo a lomos de mulo.

»Cádiz es una hermosa ciudad, cuya limpieza contrasta con la del resto de España. Hace en ella un calor sofocante, y ningún tipo de vegetación protege al viandante contra aquella temperatura tórrida. Esta ciudad no ofrece al viajero el mismo interés que Barcelona, y no tiene, como ésta, un sello español tan pronunciado. Debido a su origen y a su posición geográfica, tuvo en su día un comercio activo que hacía de ella punto de reunión para extranjeros. Pero, en la época de que hablo, la guerra general, y aún más la mala administración que sufría toda España, había paralizado su prosperidad. Esta ciudad tenía poca vida de sociedad y era triste vivir en ella. Tuvimos la suerte de poder alojarnos cómoda y agradablemente en una casa con vistas a la bahía y allí disfrutamos del descanso, después de tantas fatigas. Habíamos decidido descansar durante algún tiempo y las circunstancias se encargaron de alargar más de la cuenta la estancia que proyectamos, ya que estábamos decididos a no embarcarnos más que en buenos y sólidos navíos y las ocasiones de partir

(*) HYDE DE NEUVILLE, J. G.: *Memorias y recuerdos*. París, 1888-1892. pp. 437-440.

para América se presentaban muy de tarde en tarde. Permanecimos, pues, en Cádiz desde los primeros días de noviembre hasta el comienzo de mayo, y esta estancia de seis meses nos pareció bien.

»Había en Cádiz una escuadra francesa formada por los tristes restos de la que mandaba el almirante Villeneuve en el funesto combate de Trafalgar; se componía de cinco navíos y una fragata, y desde hacía mucho tiempo permanecía inactiva en este puerto. El almirante Rosilly, impaciente y aburrido, se cansaba de esperar y parecía decidido a aprovechar el primer viento favorable para intentar una salida, lo que sería una tentativa peligrosa rayana en la temeridad. Mientras tanto, los ingleses redoblaban su vigilancia y bloqueaban el puerto.

»Nos encontrábamos en el teatro de este gran desastre, del que nadie se cansaba de hablar y cuyos destrozos se veían por doquier. Sobre este acontecimiento pude recoger los informes más fiables. Casi todos estaban de acuerdo en censurar al almirante por haber salido con un tiempo nada favorable; pero también todos juzgaban falsas muchas de las acusaciones dirigidas contra él en su desgracia. Parece ser que, en vez de haberse conducido con imprevisión, había dado a todos los capitanes las órdenes más precisas, sobre todo la de ir a luchar en todos los combates. Desgraciadamente, su valor incontestable no fue secundado con la suficiente entrega.

»Muchos de los reproches se dirigían sobre todo a su jefe de Estado Mayor, quien, sin haber disparado un solo cañonazo, abandonó la línea de batalla con sus cuatro navíos y se dejó apresar en el cabo San Vicente, mientras que un oficial español que estaba a sus órdenes, el señor Valdés, volvió al combate y le mandó a decir que la orden del almirante en jefe era superior a la suya y, en consecuencia, que en un combate el único camino que él conocía era el del mismo combate. Este valiente oficial hizo prodigios de valor, y todos reconocían que la armada española a las órdenes del almirante Gravina secundó tanto como le fue posible al señor Villeneuve, quien tal vez estuviera demasiado decidido, ya que se le vio constantemente en lo más recio del combate. Tres veces embarcó en una chalupa para presentarse a bordo de los otros navíos a fin de dar las órdenes que el humo impedía transmitir por señales, y tres veces sus soldados fueron muertos de tan nutrido como estaba el tiroteo. Por fin se rindió cuando ya no pudo resistir, y su navío, el *Bucentauro*, completamente desarmado, cayó en poder del enemigo. El resultado de este horroroso combate fue la pérdida casi total de las dos escuadras aliadas.

»Este desastre tuvo una inmensa resonancia política; no sólo tendió un gran velo negro sobre los triunfos del emperador Napoleón, a los que ya nada detenía la marcha, sino que destruía sus proyectos contra Inglaterra, cuyo camino habría sido abierto por un combate naval victorioso, sobre todo si el almirante Villeneuve lo hubiera dado más cerca del canal de la Mancha, como deseaba el Emperador.

»Como si todo se conjurara contra las desgraciadas escuadras, al día siguiente se desató una tormenta tan horrible que casi todos los navíos que habían podido escapar del primer desastre fueron a encallar en la costa. Varios de ellos se hundieron, aunque estaban al ancla en la bahía, entre ellos el *Indo-*

mable, que había recogido a la tripulación del *Bucentauro*, constituida por cerca de 1.500 hombres; apenas se salvaron 200 de los infortunados marinos. Nunca pareció el mar tan encrespado; y era, según decían, un espectáculo sobrecogedor. En la orilla sólo se veían restos de cadáveres e infelices mutilados implorando ayuda con sus gemidos, ayuda que, aunque activa, no era suficiente para socorrer rápidamente a todas las víctimas.

»La tormenta duró más de ocho días, así que hubo navíos que cayeron varias veces en manos del enemigo. La almiranta francesa, el navío *Bucentauro*, fue ocupada por la tripulación, presa en el propio barco, pues los ingleses que la guardaban se la devolvieron, tanto era el terror que tenían a la tormenta y a la falta de auxilios en que ésta los dejaba a todos. Pero el *Bucentauro* se fue a pique a corta distancia de la bahía, y aún se divisaba a flor de agua el tope de su palo mayor. El *Algéciras* debió su salvación y su libertad a la admirable energía del señor de la Bretonnière, al que la muerte de los demás oficiales había convertido en comandante del navío. Los tripulantes prisioneros fueron desarmados completamente, aunque eran más numerosos; sin embargo, se concertaron para aprovechar el peligro común y liberar al barco y a sí mismos. Se portaron con lealtad y conminaron a los ingleses a que se defendiesen en el combate que estaban decididos a iniciar; pero éstos, preocupados por la muerte casi segura que les aguardaba, se entregaron a los franceses. Al día siguiente el *Algéciras*, respetado por la tormenta, volvía libre a Cádiz.

»He aquí los motivos que llevaron al almirante Villeneuve a dar batalla. Sus amigos le habían dicho que estaba a punto de ser relevado; es cierto que su sucesor, el almirante Rosilly, ya estaba en camino. Por una parte había sufrido muchos disgustos: varios de sus oficiales pensaban que su prudencia era extremada, y acababa de recibir de París la noticia de que en las altas esferas hasta se había dudado de su valor. Tales circunstancias eran más que suficientes para exasperar a un hombre irritable y valiente. Tal vez obedeció menos a la prudencia que al deseo de defender su honor, puesto en entredicho; un día se le oyó decir con mal humor: “Ya verán si sé combatir”.

»Sus enemigos comentaron que como sabía que iba a ser relevado no debía arriesgar un combate, pero ¿no es exagerado pedir a un jefe que obedezca una orden que aún no ha recibido oficialmente, sobre todo cuando está en juego su honor?

»Podemos decir, además, para justificar al almirante Villeneuve, que había recibido la noticia de que la armada inglesa, compuesta por 32 barcos, acababa de dividirse y ya no disponía más que de 22. Él tenía 20 navíos franceses y 12 españoles a sus órdenes; ¿era, pues, tan imprudente intentar una salida?

»No tuvo suerte; fue considerado culpable. De haber correspondido el éxito a su valor, se hubieran celebrado sus talentos y su victoria. En toda batalla naval, más que en otra actividad cualquiera, hay que dar mucha importancia a lo imprevisto y a ese genio ciego de los combates, tan cambiante como el elemento que domina y que distribuye la victoria sin someterla a ninguna regla fija y determinada.

»Sabemos cómo fue el trágico fin del almirante Villeneuve. Volvía de Inglaterra después de ser canjeado como prisionero cuando, al pasar por Rennes, cenó con un general amigo suyo que llegaba de París. No se sabe lo que le dijo éste, pero después de esta conversación el almirante fue encontrado muerto, atravesado por varias puñaladas.»

En una carta escrita en esas fechas por el mismo autor, Hyde de Neuville, se encuentran observaciones muy interesantes sobre el gobierno español de entonces, observaciones conformes con todo lo que la historia nos ha demostrado después. He aquí la carta:

«Es un cruel espectáculo para un francés el ver nuestra escuadra, cuyos restos entristecedores tenemos a la vista, destruida. La Armada española ha sufrido menos daños que la nuestra, pero la inercia del gobierno de Carlos IV hace pensar en que las pérdidas no serán repuestas antes de que pase mucho tiempo. Hemos tenido hoy una prueba elocuente de esa apatía española, que desde el Gobierno pasa a toda la Administración.

»Hemos visto a los ingleses apoderarse de un barco que estaba ya en la bahía y al alcance de una batería. Pero, como los españoles sólo suelen reaccionar después de ocurridas las cosas, no había nada dispuesto para repeler esta increíble audacia, y las lanchas cañoneras llegaron para ver cómo la presa era llevada a la escuadra enemiga. Sin embargo, la fragata perseguida hacía las señales de socorro desde las cinco de la mañana, y sólo hacia el mediodía se dispusieron a acudir a prestarle auxilio. Pero no acusemos a los comandantes de las lanchas: no es fácil ejecutar aquí una acción sobresaliente. Para dar un paso hay que haber recibido la orden previamente y, aunque el enemigo estuviera en la ciudad, nadie dispararía sin haber sido autorizado oficialmente. No exagero, y puedo citar a usted un hecho ocurrido hace poco.

»El gobierno holandés había hecho construir en Barcelona dos hermosas fragatas, y los ingleses querían apoderarse de ellas; pero, como no lo podían hacer por la fuerza, apelaron a la astucia. Detuvieron en la mar un navío portugués, subieron a bordo en número bastante para contener a la dotación, y bajo esta bandera neutral dieron la vela hacia Barcelona. En esta ciudad, desde las atalayas se habían advertido unos movimientos extraños a bordo del navío portugués. Se dio la alarma, pero el gobernador, que recibió la noticia después de una larga comida que probablemente todavía no había digerido, metió el papel en el bolsillo y salió para el campo sin hacer caso de aquella.

»El navío portugués entró sobre las cinco de la tarde y fue a echar el ancla entre las dos fragatas. Entonces salieron los marineros ingleses y subieron a bordo de ellas; allí no había más que algunos hombres que no pudieron oponer resistencia. La ciudad entera fue testigo de esta audaz empresa; las fragatas estaban tan cerca que las baterías podían defenderlas fácilmente, pero el comandante declaró que no podía disparar sin una orden expresa del gobernador. Fue preciso correr tras su excelencia, quien acudió a toda prisa para oír los murmullos de la gente y constatar esta captura tan atrevida.

»El comandante de las baterías no fue censurado en la Corte, y tal vez el señor gobernador habría terminado recibiendo elogios si la opinión pública no se hubiera pronunciado tan fuertemente contra él. Fue destituido pero, poco después, fue consolado de su desfavor con otro gobierno igualmente provechoso. Ya ve usted que en España uno puede cometer faltas impunemente; lo esencial es gustar al amo o, por lo menos, al que es aquí más que el amo.

»Hay que esperar que con la paz las autoridades se preocuparán de restaurar nuestra marina; pero, aquí, el pobre rey de España ya no tiene ningún medio de defender sus reinos de América. Y si su sistema político no cambia, es decir, si su Administración no se organiza mejor, el monarca en cuyos estados el sol no se pone nunca acabará por ser despojado pedazo a pedazo y, por decirlo así, sin darse cuenta de ello, pues el buen Carlos IV está muy poco al tanto de sus asuntos. Se pasa la vida cazando, pescando, haciendo muebles, tortillas para su almuerzo; y además para el cuidado de sus reinos confía enteramente en el Príncipe de la Paz, quien de simple guardia de corps llegó a tener un poder superior al que en Francia tuvo Richelieu. Sin embargo, hay mucha diferencia entre ellos, pues no se daría a Godoy la mitad de un reino para que nos enseñara a gobernar la otra mitad.

»Nunca España, tan próspera y poderosa no ha mucho, estuvo en una situación más deplorable. Al recorrer esta hermosa parte de Europa, uno piensa estar en un mundo recién descubierto donde vegetan algunas colonias dispersas. Vanamente, unos hombres ilustrados y amantes de su patria que quisieron alzarse contra mil abusos que no pueden sino traer la ruina al edificio entero, fueron reducidos al silencio e incluso despreciados y desterrados».

El autor, el barón Juan Guillermo Hyde de Neuville, nació en La Charité-sur-Loire, pequeña ciudad del centro de Francia, el 24 de enero de 1776, y murió en París el 28 de mayo de 1857. Era nieto de James Hyde, gentilhombre irlandés que había fijado su residencia en Francia después de la batalla de Culloden, e hijo de Guillermo Hyde, señor de Neuville, dueño de una fundición, fabricante de botones, naturalizado en 1776.

Neuville fue guardia voluntario en las Tullerías siendo alumno del colegio del cardenal Lemoine, en París, desde 1790. Malesherbes, abogado del rey Luis XVI, después de pedir por última vez a los diputados de la Convención la gracia para el rey, salió desesperado de la Asamblea del brazo de Hyde de Neuville. Más tarde, el joven Juan Guillermo elaboró el proyecto de secuestrar al rey y a la reina María Antonieta, que estaban encerrados en la prisión del Temple.

Participó en un complot contra Bonaparte y fue uno de los principales agentes del conde de Provenza, futuro Luis XVIII. En el palacio de Luxemburgo celebró una entrevista con Bonaparte para proponerle el restablecimiento de los Borbones. Éste rechazó la proposición y Neuville tuvo que refugiarse en Lyon, donde permaneció hasta 1805. Aunque no quiso firmar un acto de fidelidad a Napoleón, el emperador le permitió exiliarse a España y luego a América. El 2 de mayo de 1807 se embarcó en Cádiz para Norteamérica y fijó

su residencia cerca de Nueva York. En Cádiz encontró por primera vez a Chateaubriand, quien se convertiría en su íntimo amigo.

En junio de 1814 volvió a Francia. El rey Luis XVIII le acogió con muchas atenciones y le envió a Inglaterra con una importante misión diplomática. La repentina vuelta del Emperador le obligó a expatriarse nuevamente. Acompañó al rey en su exilio de Gante.

Cuando Luis XVIII recobró definitivamente el trono, Hyde de Neuville fue elegido diputado por la Nièvre, provincia de la que era oriundo. El rey le nombró ministro plenipotenciario en Estados Unidos y le concedió el título de barón. En 1823 pasó a la embajada de Francia en Portugal. El rey Juan VI le nombró conde de Bemposta. En 1824 recibió la Gran Cruz de la Legión de Honor. Fue ministro de Marina y de las Colonias, pero la revolución de 1830 puso fin a su carrera política.

Hyde de Neuville se retiró a su finca de L'Estang, cerca de Sancerre, ciudad del centro de Francia famosa por su vino. Allí pasó los veintisiete últimos años de su vida entregado a la agricultura. Hacía frecuentes viajes a París, donde ocupaba los cargos de presidente del Instituto de los Sordomudos y de la Sociedad de Geografía.

Hyde de Neuville nos ha dejado algunas obras históricas, en particular sobre la cuestión portuguesa. Entre 1888 y 1892 sus dos sobrinas publicaron los tres volúmenes de sus *Memorias y recuerdos*.

En el encabezamiento del primer volumen puede leerse: «Si alguna vida se parece a una novela, ésa fue la mía; he visto de cerca a la buena y a la mala fortuna».